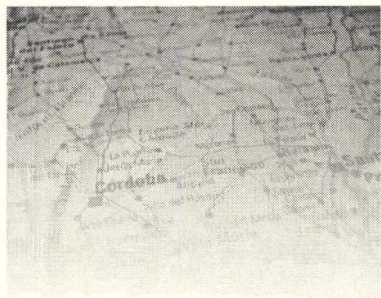


# Mansilla: viaje y lectura

*Mariana Amato*



**Mariana Amato** nació en 1975 en Buenos Aires, Argentina. En 2001 obtuvo la Licenciatura en Letras en la Universidad de Buenos Aires, y actualmente es candidata a Ph.D. en el departamento de Español de New York University, donde también cursa para obtener el «Certificate of Advanced Study» en el departamento de Poetics and Theory.

*Introducción: viaje y lectura*

El *viaje escrito*, a no ser en prosecucion de algun tema científico, o haciendo exploracion de paises poco conocidos, es materia muy manoseada ya, para entretener la atencion de los lectores. Las *impresiones de viaje*, tan en boga como lectura amena, han sido esplotadas por plumas como la del creador inimitable del jénero, el popular Dumas (...); a punto de no saberse ya si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra (...) La descripcion carece, pues, de novedad, la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caractéres, los mismos medios de existencia; la prensa diaria lo revela todo; i no es raro que un hombre estudioso sin salir de su gabinete, deje parado al viajero sobre las cosas mismas que él creía conocer bien por la inspección personal.<sup>1</sup>

Hacia 1847, Sarmiento, escritor destacado de la literatura todavía incipiente de un estado todavía en formación, ya considera el relato de viaje un género literario que no sólo se nombra en bastardilla como alusión a un conjunto numeroso de ejemplos conocidos, sino también un género que los lectores tienen que haber transitado hasta el cansancio. Cada relato de viaje, entonces, alude ya a una serie previa y por tanto el *viaje escrito* es a la vez *viaje leído*. Conocidas son también, para Sarmiento, algunas posibilidades y tensiones que el género implica: las *impresiones* como las de Dumas, que de tan amenas pierden una dimensión referencial para volverse casi ficcionales o edénicas; la mera repetición, causada triplemente por el excesivo “manoseo” del género literario —es decir, por el peso de una tradición—, en segundo lugar por las posibilidades seriadas de reproducción y comunicación que el soporte material de la prensa ofrece a la escritura, y en tercer lugar porque el referente del viaje también amenaza con volverse pura repetición cuando la vida civilizada se expande y homogeneiza las sociedades —es decir que, hacia mediados del siglo XIX, Sarmiento ya aludía a ese fenómeno que hoy denominamos «globalización». En definitiva, Sarmiento por todo esto reconoce que la tendencia *referencial* del relato de viaje se superpone tan equívocamente a su tendencia *literaria*, que la verosimilitud del relato se logra simultáneamente por las dos vías, y a veces más exitosamente en el trabajo de lectura y escritura en el gabinete que por la observación empírica.

<sup>1</sup> Sarmiento, Domingo F. *Viajes por Europa, África y América 1845-1847*. Ver «Bibliografía».

Si las precauciones de Sarmiento indican una fuerte conciencia de las tensiones, inestabilidades y posibilidades que el relato de viaje implica como género literario, si manifiestan ya una ambivalencia de su verosimilitud entre la *referencia* y la *lectura*, si además previenen la necesidad de que el relato busque en el viaje lo poco conocido o la diferencia, desde luego no auguran que el viaje a lo desconocido y a lo diferente de la vida civilizada se realice unos veinte años después como viaje argentino *tierra adentro*, hacia los indios ranqueles. Y mucho menos que cuando Lucio V. Mansilla relate en su *Excursión a los indios ranqueles*<sup>2</sup> ese viaje hacia lo otro para el que no existían guías turísticas, su narración discuta contra representaciones, reflexiones o ideogramas sobre la Pampa de los que Sarmiento resulta uno de los más destacados autores.

La *Excursión* de Mansilla también alude a una serie de lecturas previas. Lectura de materiales que, si bien no refieren exactamente ningún viaje a los indios ni reclaman un estatuto testimonial o de valor empírico para sus descripciones, no dejan de resonar como antecedentes de importancia en cuanto, por ejemplo, bautizan el espacio geográfico de la Pampa como “desierto” o como “llanura” y clasifican a sus habitantes en tipologías (como Sarmiento hace con el gaucho en *Facundo*), o los proponen como salvajes que desde el otro lado de la frontera amenazan o capturan al sujeto *civilizado* (como Echeverría representa a los indios en *La cautiva*). Por otra parte la *Excursión* despliega y exhibe entre sus relatos y explicaciones sobre *el otro* indígena o gaucho, una frondosa serie de citas eruditas en varios idiomas (probablemente parte de ese vademécum portátil que, también en su *Excursión*, Mansilla confiesa usar como libretto para la escritura) que, al ser yuxtapuestas a un relato sobre la *barbarie* donde esta definición sobre el otro tiende a relativizarse y desnaturalizarse<sup>3</sup>, proponen implícitamente comparaciones entre el referente indígena o gaucho del discurso y el aparato letrado que lo interrumpe. Comparaciones entre los dos términos de la dicotomía sarmientina, y preguntas que el mismo texto formula también explícitamente, como por ejemplo:

<sup>2</sup> Citamos según la edición del Instituto de Cooperación Iberoamericana (Madrid, 1993). De aquí en más, *EIR*.

<sup>3</sup> En “Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla” (ver “Bibliografía”) Julio Ramos plantea el viaje de Mansilla de esta manera: «En el sentido de su crítica a Sarmiento, *Una excursión...* es un *deliberado* viaje a la ‘barbarie’. Como deliberado viaje propone, no solo el encuentro del coronel Mansilla con los ranqueles, sino también la puesta en crisis de la ‘naturalidad’ del ‘nosotros’ que entonces determinaba las cualidades propias de lo ‘bárbaro’ y lo ‘civilizado’».

Es indudable que la civilización tiene sus ventajas sobre la barbarie; pero no tantas como aseguran los que se dicen civilizados.

Si jamás hubiera vivido en sociedad, aprendiendo desde que tuve uso de razón a confundir mi interés particular con el interés general, que es la base de nuestra moral, ¿sería yo mejor que este hombre?, me pregunté por tercera vez.

Como Gulliver, en su viaje a Liliput, yo he visto al mundo tal cual es en mi viaje a los ranqueles.

Somos unos pobres diablos.

Los enanos nos dan la medida de los gigantes, y los bárbaros la medida de la civilización.<sup>4</sup>

En el siguiente trabajo nos interesaría, entonces, en primer lugar, analizar en una de las causeries de Mansilla cómo el relato retrospectivo sobre la causa que motivó su primer viaje a los 17 años articula el viaje y la lectura en relación con las tensiones de la política argentina del siglo XIX; y a partir de ese trabajo analizar, en segundo lugar, algunas de las maneras en que la lectura se articula con el viaje en la *Excursión a los indios ranqueles*, para reformular o relativizar los términos de la dicotomía civilización/barbarie, o en relación con la tensión entre naturaleza y artificio.

### *Primer viaje: el contrato social de Mansilla*

Antes de realizar su *Excursión a los indios ranqueles*, Mansilla ya había realizado durante su juventud varios otros viajes, muchos de los cuales menciona en su relato sobre los ranqueles. En una causerie titulada «¿Por qué?»<sup>5</sup> y publicada alrededor de 1890, Lucio V. Mansilla le explica a su amigo Carlos Pellegrini la causa que lo motivó a realizar su primer viaje a los 17 años. En su momento, según explica este relato, muchos creyeron que el joven Mansilla había sido enviado a la India a causa de ciertas aventuras amorosas; retrospectivamente él explica este primer viaje también como una suerte de expulsión hacia afuera, pero que en cambio es resultado de otro tipo de inadecuación familiar, que en su caso significa al mismo tiempo una inadecuación política. Allí Mansilla relata que mientras su padre intentaba formarlo como un saladerista, educación a tono con el entorno familiar e histórico-políti-

<sup>4</sup> Mansilla, Lucio V. *EIN*, pp. 134, 489 y 563 respectivamente.

<sup>5</sup> Mansilla, Lucio V. *Entre nos. Causeries del jueves*. Ver «Bibliografía». De aquí en más *EN*.

co, y particularmente adecuada a la vigilante mirada del tío Rosas, él de joven le robaba los libros para leerlos a escondidas:

El hecho es que, de la noche a la mañana, yo me encontré convertido en saladerista (...). Por supuesto que, así como recuerdo que el tal negocio ni me interesaba ni me entretenía, todo mi empeño consistía en que mi padre no me sorprendiera haciendo otras cosas sino ocupado en la faena en las horas en que él por allí aparecía.

Entre esas otras cosas había una particularmente que yo trataba de ocultarle mucho a mi padre. Era inocente en sí misma, pero como él nunca me hablaba de ella, un cierto instinto me decía que debía ocultarsela. ¿Qué era esa cosa? Una inclinación invencible por la lectura.<sup>6</sup>

A modo de autoconstrucción de sus orígenes como escritor, hacia los años 90 Mansilla reconstruye para el «íntimo público» de sus causeries ese momento de su juventud en tiempos de Rosas, otorgándole el tono de la anomalía y la incongruencia<sup>7</sup>, tono cuya tensión sintetiza además las contradicciones argentinas del siglo XIX: leer a escondidas libros como el *Contrato Social* de Rousseau, mientras se simula la ocupación en el saladero ante la mirada del padre, de quien, por otra parte, Mansilla declara haber comprendido más tarde que en realidad no era tan rosista como aparentaba, es decir, que él también simulaba<sup>8</sup>. De manera similar a lo que sucede en la *Excursión a los indios ranqueles*, simulación e imitación -dos constantes en la construcción literaria que Mansilla hace de sí mismo-, se proponen en esta causerie como modos de relacionarse con la diferencia o con el otro, a la vez que como modos de construcción de la propia figura ante la mirada de un tercero, aquí el padre o en última instancia Rosas, y en otros casos, los indios o el público lector. Tanto en 1870 como en 1890, Mansilla encuentra así en el simulacro una conveniente estrategia de autorrepresentación para transitar las tensiones y contradicciones políticas de las que participa y entre las que siempre busca alguna

<sup>6</sup> Mansilla, *EN*, p. 29.

<sup>7</sup> En la misma causerie propone literalmente: «Mi vida se deslizaba entre las anomalías, las incoherencias e incongruencias apuntadas, trabajando, al parecer, porque vivía en el saladero. Pero la verdad es que mi cerebro se iba calcinando, a fuerza de rellenarlo con las *Oraciones* de Cicerón, con las páginas tan ardientes de la *Nueva Heloísa*, y por el empeño de querer entender, no tanto el *Derecho de gentes* sino *El Contrato sociab*». *EN*, p. 41.

<sup>8</sup> «Mi padre, que después he caído en la cuenta de que estaba más enamorado de mi madre que del sistema de su cuñado, venía habitualmente al saladero (...) y yo lo esperaba en el puesto de honor, en donde se desnucaban las reses». *EN*, p. 42.

inserción efectiva. En nuestra causerie, por ejemplo, la simulación tiende a relativizar un pasado familiar congénitamente asociado con el rosismo de un modo que no deslinda sino que, por el contrario, a la vez enfatiza esta relación sanguínea. Mientras el padre mira, Mansilla debe fingir interés en la faena saladerista y ocultar su curiosidad de lector. Y el fingimiento siempre se asocia en Mansilla con la imitación, con una mimesis que afecta antes que nada al cuerpo, performance teatral que copia al otro. Así hacia el fin de siglo Mansilla representa su propia figura juvenil en el gesto de imitación de la destreza *salvaje* de los hombres del matadero:

Salimos... Yo detrás de mi padre, cabizbajo, rehuendo su mirada; llegamos a los galpones (...), la faena estaba en su apogeo; no se veía sino cuchillas relucientes, miembros mutilados, manos empapadas en sangre; ¿qué digo?, hombres empapados en sangre hasta las narices; no se oía (...) sino el quejido lastimero de las reses, pidiendo piedad en el brete, y yo mismo, ahí, en él, me entretenía inocentemente en desnucarlás, imitando la destreza salvaje de aquellos carniceros tan americanos ...<sup>9</sup>

Al igual que en la *Excursión*, Mansilla se construye aquí como una suerte de personaje-oxímoron en las tensiones del siglo XIX argentino: un lector ávido de teorías sociales en francés, que a la vez puede practicar ciertas destrezas físicas propias del hombre del campo argentino, porque aunque tiende a interesarse antes que nada por la lectura, sabe también imitar los saberes del otro, y sobre todo simular ante las exigencias de su público. Al representarlo empapado en sangre y cuchillo en mano, la escena mira a ese *otro* como ajeno y lo describe como “salvaje”, pero a la vez lo califica como típico, “americano”, y por lo tanto *propio*, no sólo porque habita el mismo suelo sino porque es mano de obra de la propia estancia en el orden paternalista del rosismo. La mirada de Mansilla hacia el trabajador del saladero aquí es tal vez similar a la que en la *Excursión* se opone al exterminio de los indios porque quiere incluir a los ranqueles en el Estado (como mano de obra), y por tanto puede denominarlos “indios argentinos”: lo ajeno apropiado.

La escena que citamos tiene todo el aspecto de una reformulación de “El matadero” de Echeverría: en el centro la imagen de la carnicería y el desnucamiento brutal del animal que pide piedad, sobre la que

<sup>9</sup> EN, p. 47.

Mansilla superpone el artificio de la imitación simulada para la mirada del padre. La vida política, y la historia política de la Argentina según la postula Mansilla en esta causerie, también obedecen en parte a esta ceremonia de la imitación y el disimulo; por eso, mientras recuerda que en aquella época rosista “hasta los sentimientos y las opiniones podían *disfrazarse* poniéndose chaleco y divisa colorados”<sup>10</sup>, también puede evocar la simpatía infantil que le inspiraba su tío Rosas sin dar demasiadas explicaciones<sup>11</sup>. La Argentina posterior al acuerdo de la década del '80, en la que los pasados unitarios y federales se saludan en la confraternidad oligárquica del Club, le permite a Mansilla transformar la escena inicial del sacrificio en el matadero en un artificio imitativo, en una copia que sirve de pose ante quien mira. La transformación se vuelve paródica cuando además Mansilla da cierre a la misma escena duplicando el grotesco hacia ambos bandos de la historia argentina, duplicación que equivale al reconocimiento del artificio y a la anulación de las acusaciones por reciprocidad:

Había entre ellos un vasco, enorme tagarote, que era también diestrísimo desollador, y el cual, cuando mi débil mano no podía, él la ayudaba a introducir la mortífera daga en la nuca. ¡Y cuántas veces, porque el golpe era mal asestado y el pobre animal resistía a la muerte, lo oí gritar, repitiéndolo: ¡Tomá salvaje! Seguramente que en los saladeros de los unitarios, decían: ¡Tomá, mazorquero! ¡Qué horror!<sup>12</sup>

Para el Mansilla de 1890, el horror de la historia corre para ambas partes, tal vez porque los beneficios económicos de la tierra también se reparten en sendas series de estancias y saladeros o, más tarde, de frigoríficos y graneros. Y de manera similar a lo que se propone en la *Excursión a los indios ranqueles*, las diferencias y la jerarquización entre el unitario y el federal, entre el *salvaje* y el *mazorquero*, entre el *civiliza-*

<sup>10</sup> EN, p. 51. La bastardilla es nuestra.

<sup>11</sup> David Viñas propone en «Mansilla: clase social, público y clientela» (*Literatura Argentina y realidad política*. Ver «Bibliografía») que, contrariamente al Mansilla posterior a Caseros, preocupado en justificaciones que lo deslinden de su cuadro familiar rosista, después de 1880 las preocupaciones de la oligarquía argentina se desplazan de Rosas hacia problemas más inmediatos, mientras surgen atenuantes y defensas del rosismo, ahora convertido en el pasado y la sangre que se opone a las novedades de la inmigración (pp.156-7) Y en *Indios, ejército y frontera* (ver «Bibliografía»), Viñas también explica que el orden rosista tan cuestionado luego de su caída en 1852, más tarde se convertirá en referencia a la vez nostálgica por su modo de operar con los indios y la frontera (p. 102).

<sup>12</sup> EN, p. 47.

do y el *bárbaro*, no están dadas de antemano y naturalmente sino que son efecto de un artificio retórico que puede desnaturalizarse, duplicarse e invertirse: si se puede pensar la historia del rosismo en torno a una escena sangrienta de la vida rural -que en este caso como en «El matadero» funciona como impedimento o interrupción de la lectura-, también se puede adjudicar, al menos hipotéticamente, un gesto grotesco y horroroso a la historia de los unitarios y de la generación del '37.

En el origen de su primer viaje, Mansilla coloca en 1890 esta escena plena de tensiones y el dictamen final del padre que decide un alejamiento: al descubrir las lecturas de su hijo, sanciona que si un sobrino de Rosas quiere leer el *Contrato Social* de Rousseau, debe irse del país. A pesar de sus diferencias con Sarmiento, el recuerdo de Mansilla a posteriori coloca su primer viaje en una línea que lo acerca en parte a la serie de los exilios y expulsiones del rosismo: irse *por/para* leer a Rousseau. Sin embargo, en la escena del debate Mansilla se dibuja en un papel contradictorio entre la lectura como interés escondido y las destrezas físicas del saladero como imitación simulada. Un papel que, según lo relata, resultaba imposible de sostener en ese momento de la historia, pero cuyos elementos acompañan la imagen de Mansilla al menos desde la *Excursión a los indios ranqueles*.

### *Viaje a los ranqueles: por qué se viaja*

Mientras que esa causerie de 1890 se propone explicar la causa del primer viaje situando como motivo central una tensión política en la que Mansilla se autoconstruye en plena contradicción, entre las lecturas escondidas y la imitación de los hombres del saladero, hacia 1870 las causas y los efectos del viaje en la *Excursión a los indios ranqueles* no resultaban menos confusos ni menos complejos. Mansilla mismo planteaba en ese relato que hay una suerte de equívoca duplicidad en la relación causa-efecto de los viajes:

Vamos, sería inacabable el enumerar todos los motivos *por qué* se viaja; como sería inacabable decir *para qué* se viaja.

No olvidemos que estas dos proposiciones, aunque son parecidas, gramaticalmente no significan lo mismo. Ambas significan causa o fin: pero *para* responde más que *por* a la idea de efecto.

Por ejemplo:

¿No es común ir a Europa *por* instruirse *para* olvidar lo poco que se ha aprendido en la tierra?

¿No suele suceder hacer un viaje *por* curarse *para* morir en el camino?  
Ir *por* lana *para* salir trasquilado.<sup>13</sup>

La reflexión y las preguntas sobre este equívoco en la relación causa-efecto de los viajes de alguna manera sintetizan la situación de Mansilla entre los indios ranqueles. Este viaje también contiene, o en él se pueden leer, causas múltiples, efectos diversos o contrarios a los esperados, duplicidades. Mansilla propone al inicio que su idea de viajar a los ranqueles surge en principio porque el trato con ellos en la frontera le había despertado «una indecible curiosidad»<sup>14</sup>. En ese sentido el viaje se propondría *mirar, observar* la vida de esos otros, pero sin embargo, a menudo en el relato Mansilla se construye a sí mismo como quien posa para *ser mirado* -tanto por los indios como por sus subalternos y su público lector- y construir en esa imagen una autoridad ante los otros. Entre los indios Mansilla se presenta como el representante del gobierno que llega para ratificar un pacto, pero, como lo señala Julio Ramos<sup>15</sup>, en sentido estricto el pacto en cuestión ya había sido firmado. Y es difícil deslindar hasta qué punto las causas que Mansilla propone para su viaje se relacionan con su interés por los indios y hasta qué punto se ligan con su preocupación por obtener reconocimiento o un espacio de autoridad en la vida política argentina de los años 70. En este sentido el papel de Mansilla es también complejo y equívoco: si en el inicio el viajero se propone “probarles a los indios con un acto de arrojo, que los cristianos somos más audaces que ellos, y más confiados cuando hemos empeñado nuestro honor”<sup>16</sup>, a medida que el viaje avanza reconoce cada vez más explícitamente que la llamada *civilización* tal vez no tenga tantos y tan ejemplares valores que esgrimir ante la llamada *barbarie*. Y aunque el narrador de la *Excursión* manifiesta que su proyecto intenta persuadir al gobierno de una inclusión estatal, en contra de la posibilidad de un exterminio de los indios, ese mismo narrador reconoce también explícitamente que esta última idea se baraja como una solución posible al problema de las fronteras, y por lo tanto su viaje, su relato y hasta el *croquis topográfico* de la zona recorrida, cuyo borrador exhibe orgulloso anunciando una futura publicación, resul-

<sup>13</sup> EIR, p. 126.

<sup>14</sup> EIR, p. 65.

<sup>15</sup> En «Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles*» (Ver «Bibliografía»), p. 151 y p. 156.

<sup>16</sup> EIR, p. 77. Y continúa: “Los indios nos acusan de ser gentes de muy mala fe, y es inacabable el capítulo de cuentos con que pretenden demostrar que vivimos desconfiando de ellos y engañándolos”.

tarían todos instrumentos a utilizar en una causa que Mansilla declara no apoyar<sup>17</sup>. Más evidente resulta el complicado y hasta engañoso papel político que Mansilla juega en ese viaje cuando, durante sus tratativas para ratificar el pacto con los indios -en las que ya sus argumentos, ante las discusiones sobre lo que significa y los modos en que se garantiza la posesión de la tierra, resultan más que resbalosos-, y después de tantas veces haberse jactado orgullosamente de la transparencia con que se ofrece al diálogo con los indios, Mariano Rosas le reprocha al narrador no haber nunca mencionado ni aclarado que el objetivo del gobierno con ese tratado era hacer pasar el ferrocarril por sus tierras. Mansilla confiesa no saber qué contestar, y miente nuevamente:

Aquí me ví sumamente embarazado.

Hubiera previsto todo, menos argumento como el que se me acababa de hacer.

-Hermano -le dije-, eso no se ha de hacer nunca, y si se hace, ¿qué daño les resultará a los indios de eso?<sup>18</sup>

A la vez, en el registro e interés por la oralidad, por la palabra del otro -en los relatos orales de los gauchos, en los parlamentos y diálogos con los indios-, el relato del viajero da lugar a voces y argumentos que por sí solos carecen de espacio en el debate político de ese momento y en la escritura<sup>19</sup>. Pero en cuanto a la construcción de sí mismo, el lugar de Mansilla en su relación con esos soldados, gauchos subalternos e indios puede resultar también equívoco, como cuando recuerda:

Yo sentía la muerte de todos mis soldados como se siente la separación eterna de **objetos** queridos.<sup>20</sup>

La relación entre el soldado (muerto) y el objeto (perdido) pone de manifiesto una serie de duplicidades que recorren toda la *Excursión*, esa suerte de vacilación a la que nos referíamos precisamente respecto del *objeto* del viaje, tanto en el sentido del *objetivo* que el viajero se propone (satisfacer su más arbitraria curiosidad, cerrar un tratado conveniente para el gobierno argentino pero no para los indios, llevar a los

<sup>17</sup> «¿No hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa común, ya que tanto se grita que estamos amenazados por el exceso de inmigración espontánea?» *EIR*, p. 139.

<sup>18</sup> *EIR*, pp. 413-14.

<sup>19</sup> Ver en Julio Ramos. Op. cit.

<sup>20</sup> *EIR*, p. 96. Sin negrita en el original.

indios la palabra *civilizada* y *cristiana* con el objeto de incluirlos en el Estado, ganar autoridad y reconocimiento en la vida política argentina, desmontar la dicotomía sarmientina entre *civilización* y *barbarie*: son algunas posibilidades), como en el sentido del *objeto* del relato y la representación: ¿los indios son *objeto* de esa representación, o es Mansilla quien posa ante su mirada?; ¿o ante la mirada del público lector?; ¿los gauchos soldados son objetos del relato o son también por momentos otros sujetos que en la acotada democracia del fogón tienen permiso para narrar de igual a igual?; y en definitiva, el *otro* del relato, gaucho pero sobre todo indio, ¿debería ser un mero *objeto* de la mirada, de la inclusión o exclusión, de la conquista y hasta del exterminio *civilizatorio* o, como por momentos encuentra Mansilla, ese otro puede ser mirado y escuchado también como un *sujeto* dotado de un discurso y un pensamiento propios que discuten contra una palabra llamada *civilizada*, sujetos cuya organización social, cuyo sistema parlamentario o cuyo sistema numérico resultan perfecta y sorprendentemente comparables con e incluso más eficaces que algunos de los sistemas occidentales conocidos?

Así este viaje a los ranqueles, como ese otro primer viaje, tiene también su causa en una tensión política -el problema de las fronteras que, como propone David Viñas<sup>21</sup>, puede resumirse en una *guerra de las vacas*-, en la que Mansilla también ocupa un lugar contradictorio. En realidad, la estrategia estatal ante el problema de las fronteras está en vías de transformación: de la lógica defensiva alsinista de los fortines, que en cierto modo obligaba a una zona de convivencia entre blancos e indios porque ofrecía un espacio intermedio donde se producían intercambios, Roca logra hacia 1876 imponer un criterio ofensivo de exterminio de los indios<sup>22</sup>. Mansilla es un militar y como tal busca reconocimiento (un reconocimiento que el gobierno de Sarmiento le negaba cuando se proponía como Ministro de Guerra), exhibiendo hazañas como haber avanzado la frontera o haber trazado el primer croquis de la zona, mostrando cómo construye autoridad y respeto ante sus subalternos, e incluso elogiando en los materiales propios de la guerra un modo de elaborar reflexiones y sentimientos:

Al día siguiente otras reflexiones sirvieron de pasto a la conversación; sin duda alguna que nada hay tan fecundo para la cabeza y para el corazón como dos

<sup>21</sup> En *Indios, ejército y frontera*. Ver «Bibliografía».

<sup>22</sup> Ver Viñas, David. «Armas, fronteras y sal», en *Indios, ejército y frontera*. Op. cit, pp. 89 y ss.

ejércitos que se acechan, que se tironean y se cañonean desde que sale el sol hasta que se pone.<sup>23</sup>

Pero lo que Mansilla elogia aquí más tiene que ver con la lógica de la frontera, con la tensión entre los opuestos -la lectura o el saladero; el gobierno argentino o los indios; la "naturalidad" de los relatos orales o el artificio de la pose- que con el deseo de una guerra real. Si Mansilla encuentra un modo de pensamiento en la tensión entre opuestos, en el marco de la realidad política, en cambio, no busca ni quiere una guerra con los indios, sino que por el contrario intenta su inclusión en el Estado. Y si se considera a sí mismo un militar de fronteras, a menudo deja ver que, aun así, se contenta con victorias meramente discursivas:

En algunos *parlamentos* de los celebrados en Río Cuarto, más de una vez derroté a mis interlocutores, cuyo exordio sacramental era: -Para tratar con los indios se necesita mucha paciencia, hermano.<sup>24</sup>

### *Viaje y lecturas, naturaleza y artificio*

Los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!. Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría, para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas.<sup>25</sup>

Mansilla encuentra en el relato de viajes un género literario que, como leíamos en Sarmiento al inicio de nuestro trabajo, propone también una doble tendencia, una zona fronteriza entre la *referencia* y la *lectura*, o entre la *observación* y el *artificio literario*. Y según Mansilla plantea en la cita, esas dos perspectivas pueden resultar completamente distintas y hasta incompatibles, caso en el cual el relato de viajes será precisamente el campo de batalla en el que se dirima ese conflicto. Justamente lo que propone aquí Mansilla como elección retórica de su relato es que una de esas tendencias debe corregir a la otra. La Pampa

<sup>23</sup> EIR, p. 104.

<sup>24</sup> EIR, p. 67-8.

<sup>25</sup> EIR, p. 144.

que Mansilla dice observar en su viaje corrige las lecturas anteriores del mismo paisaje, porque el viajero intuye que en la representación de esa geografía también se juega una opción y una tensión políticas: contra los que antes han descrito la Pampa como una enorme llanura desierta, Mansilla opone una pluralidad de paisajes, con diversos accidentes geográficos -que describe con minucia en sus variaciones-, y sobre todo, habitados por gauchos y por indios cuya descripción y cuya manera de habitar ese espacio también forman parte del debate político sobre las fronteras; contra los que han hablado de ese paisaje y de sus habitantes sin poseer la experiencia de vivir o viajar por esa tierra, sin haberla observado empíricamente, Mansilla viaja y les opone, por un lado, todas las demostraciones posibles de su destreza física como viajero y como militar<sup>26</sup>, y, por otro, su conocimiento por observación directa de esa geografía, jactándose de no depender de un baqueano y de haber trazado su propio croquis de la región:

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baquiano, comprendiendo que el primer deber de un soldado es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener necesidad de operar.

¿Puede haber papel más triste que el de un jefe con responsabilidad, librado a un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sugerirá pensamiento estratégico alguno?<sup>27</sup>

Aquí Mansilla vuelve a mostrar su capacidad de imitación de los saberes del otro, el «pobre paisano» cuyos conocimientos precisamente encuentran su mayor grado de utilidad cuando se combinan con la propia habilidad estratégica. Esa habilidad intelectual por sí sola tampoco ofrece demasiadas recompensas en el ámbito pampeano, y es por eso que, plantea Mansilla, a causa de su desconocimiento del terreno y confiando en malas cartas geográficas, Emilio Mitre fracasó en su expedición a los indios.

Esta preferencia por la observación empírica del paisaje pampeano -que viene a refutar las lecturas previas de esa geografía, sea la de los

<sup>26</sup> Un ejemplo gracioso de esas demostraciones físicas es su relato de la ceremonia de saludos y abrazos con los indios: «Mientras yo pasaba revista de aquellos bárbaros, me acordaba del dicho de Alcibíades: A donde fueres, haz lo que vieres, y rumiaba: ¡Te había de haber traído a visitar los ranqueles! Al mejor se la doy, a abrazar cuatro veces, cargar y suspender otras tantas a cualquiera, gritando como un marrano ¡¡¡aaaaaaa!!! no es cosa». *EIR.*, p. 273.

<sup>27</sup> *EIR.*, p. 62.

mapas (mal) trazados o la de representaciones que, como las de Sarmiento, ensayan teorías sociales sobre ese espacio-, es análoga a la preferencia romántica que Mansilla manifiesta a veces por la «naturalidad» campestre de los relatos orales de los gauchos. Relatos que, tal como los enmarca la *Excursión*, a menudo se presentan o presuponen haber sido narrados a Mansilla en la primera persona de un soldado o un cautivo. En tales casos esos relatos constituyen pequeñas autobiografías, o en otros, pequeñas biografías narradas por Mansilla. En cualquiera de sus posibilidades, por tanto, el narrador enuncia esas historias también desde una doble tendencia entre la vertiente literaria y la referencial, que alude a la propia experiencia vital de quien narra o a la experiencia vital sobre la que se narra. Mansilla nuevamente compara y nuevamente se le ocurre subrayar, acerca de este peculiar género de la oralidad, su tendencia referencial como un carácter en conflicto con el artificio literario, y en base a tal contraste nuevamente confiesa una mayor simpatía por la tendencia «natural» que por una más elaborada ficción literaria:

Toda narración sencilla, natural, sin artificios ni afectación, halla eco simpático en el corazón.

El ideal no puede realizarse sino manteniéndonos dentro de los límites de la naturaleza.<sup>28</sup>

Estas narraciones orales, biografías o autobiografías, son así, desde la perspectiva de Mansilla, relatos ligados a la naturaleza por su sencillez y su falta de artificios. Por su parte, Mansilla a la vez asegura obtener la confianza de los indios mediante un trato que postula también como genuino, auténtico, sin disimulos, y que por tanto se describe de una manera análoga en este sentido a la descripción de los relatos biográficos o autobiográficos de los gauchos:

Tranquilizáronse; después de muchos meses de estar en negocios conmigo, no habiéndolos engañado jamás ni tratado con disimulo, sino así tal cual Dios me ha hecho: bien unas veces, mal otras, porque mi humor depende de mi estómago y de mis digestiones, habían adquirido una confianza plena en mi palabra.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> *EIR*, p. 297.

<sup>29</sup> *EIR*, p. 78.



Observación empírica de la naturaleza que refuta sus anteriores representaciones literarias e ideales; relatos orales “naturales” y “verdaderos”, que en su supuesta carencia de artificio resultan a veces preferibles a las ficciones de la alta cultura occidental; actitudes que se postulan como auténticas, sin disimulos, y que por esa supuesta razón se adjudican el haber ganado la confianza del otro, por contraste con cierto trato engañoso: ¿por qué estas apelaciones tan enfáticas a un carácter “natural” de informaciones, relatos y actitudes, por parte de un sujeto tan enfáticamente teatral como Mansilla, un sujeto que a la vez se construye a sí mismo en el relato como un personaje siempre dispuesto a la imitación y a la simulación? Como lo señalábamos, probablemente buena parte de este énfasis en la “naturaleza”, tanto en sentido paisajístico y geográfico como en cuanto a la autenticidad de los discursos, constituye un gesto específicamente dirigido *contra* las lecturas anteriores de los mismos objetos, sea el paisaje de la Pampa, la vida de los gauchos o el trato que los blancos deben dar a los indios. Pero sin duda además este énfasis en lo «natural» forma parte de una imagen de Mansilla que convive con una actitud artificiosamente teatral, actitud que especialmente ante los indios, ante los gauchos soldados y ante su público se afirma por momentos como el gesto en el que se busca construir autoridad. Si en el relato de 1890 sobre su propia juventud, Mansilla justifica el viaje como una expulsión causada por la imposibilidad de convivencia entre esas dos posibilidades -entre la lectura de Rousseau y el saladero rosista-, en la *Excursión* de 1870, en cambio, el relato describe el viaje como uno que busca y postula la convivencia de esos opuestos, naturaleza y artificio, al menos por su mera yuxtaposición. Y esa yuxtaposición de opuestos funciona a la vez, particularmente en la *Excursión*, como estrategia narrativa de autopromoción frente a las tensiones políticas que le son contemporáneas, y entre las que Mansilla sin duda busca su propia inserción.

Como hombre de fronteras, Mansilla sostiene a lo largo de su *Excursión* aquella misma tensión que señalábamos en su relato sobre el origen de su primer viaje: entre la lectura de Rousseau a escondidas y las exigencias del saladero, la solución de Mansilla es la imitación teatral, la pose que mediante la copia simula la figura que -se conjetura- el público espera ver. Y si en la reconstrucción tardía de su primer viaje Mansilla encuentra que hay allí una expulsión motivada por la lectura de un libro en francés, en la *Excursión* Mansilla justamente ya cuenta con esa experiencia y se construye a sí mismo como un hombre madu-

ro que *sabe viajar*: conoce la vida en otras partes del mundo -por ejemplo, las costumbres exóticamente refinadas del París donde un hombre trabaja como *quatorzième*, agregándose a la mesa ante la horrorosa posibilidad de que a ella se sienten ni más ni menos que trece invitados-, conoce las diferencias de opiniones sobre los muy diversos placeres de los viajes, conoce innumerables motivos y fines de los viajes -y su equívoca discordancia, según citábamos-, conoce lo que Madame de Staël dice sobre los viajes<sup>30</sup>, asegura haber recorrido Europa y América, «haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay», y haber comido todas las comidas del mundo. Pero el conocimiento que más orgullosamente Mansilla exhibe ante sus compañeros y subalternos en el viaje a los ranqueles es un saber sobre el viaje que se liga analógicamente a la lectura: viajar, dice, es como leer un libro, y así el viajero, como el lector, a pesar de sus ansiedades debe saber administrar el avance y el descanso:

Ellos no habían recorrido como yo, cuatro partes del mundo, en buque de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pie, en coche, en palanquín, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, a lomo de mula y de hombre.

Es defecto de lectores y de caminantes apurarse demasiado. (...)

Lo repito, viajando sucede lo mismo que leyendo.<sup>31</sup>

La lectura y el viaje se superponen, la mirada y el viajero recorren simultáneamente naturaleza y artificio. A diferencia del relato de su primer viaje, aquí no se viaja *por* (a causa de) la lectura, ni se viaja *para* (con el fin de) leer, sino que viajar es *como* leer. Y la escritura del viaje transita esa doble tendencia y esa superposición: refiere lo que el viajero ve, lee el paisaje, corrige o avala las lecturas anteriores.

Viaje y lecturas se yuxtaponen también cuando Mansilla intercala alguna de sus citas eruditas en su relato sobre el otro. Por ejemplo cuando explica un rasgo tan crucial en la vida de los ranqueles como la importancia de sus caballos:

¿Adónde va un indio que no ensille, que no salte en pelo? ¿Al toldo vecino que dista cuerdas? Irá a caballo. ¿Al arroyo, a la laguna, al jagüel, que están cerca de su misma morada? Irá a caballo. Todo puede faltar en el toldo de un

<sup>30</sup> «Madame de Staël dice, que viajar es, digan lo que quieran, un placer tristísimo». *EIR*, p. 127.

<sup>31</sup> *EIR*, pp. 559-61.

indio. Será pobre como Adán. Hay una cosa que jamás falta. De día, de noche, brille espléndido el sol o llueva a cántaros, en el palenque hay siempre enfrenado y atado de la rienda un caballo.

¡A horse! ¡A horse! ¡My kingdom for a horse!.

Todo, todo cuanto tiene dará el indio en un momento crítico, por un caballo.<sup>32</sup>

¿Qué función cumple la cita de Shakespeare insertada en medio de una descripción sobre la vida de los indios? ¿Intenta así Mansilla explicar por medio de algo conocido (para el público *civilizado*) un modo de vida desconocido (para ese mismo público)? ¿Intenta proponer una similitud, poner en un mismo nivel, manifestar que no hay un abismo entre un momento alto de la cultura occidental y un rasgo llamativo y positivamente notable de la cultura de los ranqueles? Y si la cita literaria y la descripción de un rasgo de la cultura de los ranqueles funcionarían como metonimias de dos universos más amplios, ¿cuáles serían esos dos universos que se comparan y qué explicaría uno sobre el otro? La cita de Shakespeare alude a una ficción teatral sobre la vida política de Inglaterra, y que por tanto en su tejido yuxtapone un componente *referencial* en relación con la historia de una nación, un componente *político* en las elecciones de su representación, y un componente *ficcional*. La *Excursión a los indios ranqueles*, en su relato de un viaje al otro lado de la frontera, de alguna manera yuxtapone elementos similares: refiere el viaje, la geografía y la vida de los habitantes visitados; se inserta y postula su posición en un debate político; elabora el relato y convoca la curiosidad del lector acudiendo a procedimientos literarios propios de géneros ficcionales como el folletín. La cita de Shakespeare pone en juego el clímax de un conflicto moral y político; la *Excursión a los indios ranqueles* encuentra en el relato del viaje la urgencia moral de abrir y subrayar otra perspectiva para el conflicto político de las fronteras antes de que ese conflicto se decida como un exterminio. Y el momento crítico en que -desde perspectivas opuestas- los relatos que refieren las vidas tanto de un rey ambicioso y cruel como de un indio ranquel, los representan en la necesidad desesperada de un caballo, es el momento en que las fronteras se redefinen a través de la guerra y el enfrentamiento desigual de poderes.

<sup>32</sup> EIR, pp. 229-30.

## Bibliografía

Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993.

Mansilla, Lucio V. *Entre Nos. Causeries del jueves*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2000.

Molloy, Sylvia. "Imagen de Mansilla". En *La Argentina del '80 al Centenario*. Ed. G. Ferrari y E. Gallo. Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Ramos, Julio. "Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla". En *Filología*, XXI, 1. Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, 1986.

Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

———. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

Sarmiento, Domingo F. *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y Diario de gastos*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.